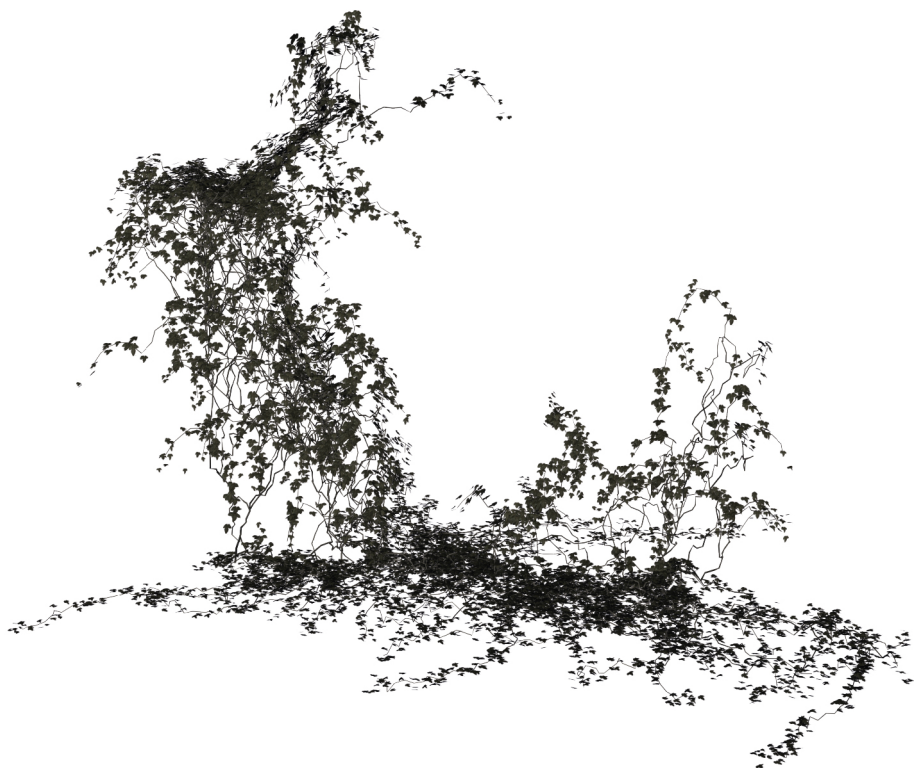


---

# DUELO EN EL VALLE DE LA MUERTE

Rafael Argullol



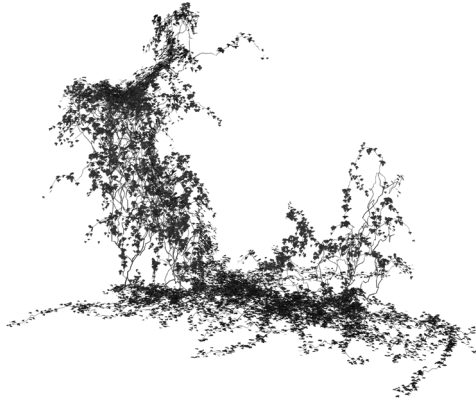


# DUELO EN EL VALLE DE LA MUERTE



Rafael Argullol

# DUELO EN EL VALLE DE LA MUERTE



ARS  POETICA



Rafael Argullol

DUELO EN EL VALLE  
DE LA MUERTE

colección

| BEATUS ILLE |

ARS  POETICA  
*boutique de poésie*

*Duelo en el Valle de la Muerte*  
Rafael Argullol

Colección: BEATUS ILLE  
Dirección editorial: ILIA GALÁN

© 2018 Rafael Argullol  
© 2018 ARS POETICA (de la edición)

EntreAcacias, S. L.  
[Sociedad editora]  
c/Palacio Valdés, 3-5, 1º C  
33002 Oviedo - Asturias (ESPAÑA)  
Tel. Administración: (+34) 985 792 892  
Tel. Pedidos: (+34) 984 701 911  
info@arspoetica.es | pedidos@arspoetica.es

1ª edición: enero, 2018

ISBN (edición impresa): 978-84-947944-7-6  
ISBN (edición digital): 978-84-947944-8-3  
Depósito Legal: AS 00139-2018

Impreso en España  
Impreso por Quares

*Todos los derechos reservados.*  
*Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.*



«C'est cet admirable, cet immortel instinct  
du Beau qui nous fait considérer la terre  
et ses spectacles comme un aperçu, comme  
une correspondance du Ciel. La soif insatiable  
de tout ce qui est au-delà et que  
révèle la vie, est la preuve la plus vivante  
de notre immortalité.»

CHARLES BAUDELAIRE



I

AMANECER EN  
GOLDEN CANYON



Dulce es el estremecimiento  
cuando los estertores de la muerte abren sus entrañas a  
[la vida,  
cuando las fresas ingenuas reciben su nutrición desde el  
[dolor.

Violento es el movimiento de los juveniles órganos  
cuando persiguen las imágenes todavía no creadas.  
Audaz es el talante de las raíces  
que expulsan de la tierra a los tiernos tallos  
para extraviarlos en la terrible selva de la caducidad.

Un himno cruel y magnífico te conmueve:

dorado el alba por un bárbaro color  
los sueños voraces de la pubertad  
atraviesan la infinita piel de la montaña  
para posarse en la inconcreta inmensidad del valle.

Allí, bajo la huida estela de Aldebarán,  
estalla tu propio nacer  
desde el centro mismo de la destrucción.

Allí, tal vez falsa criatura de un sarcástico Morfeo,  
crece tu sangre desde la vitalidad funesta y maravillosa  
de una tierra que ha sabido corromperse  
en el turbio fango de la grandeza.

Allí, vergel de vida y hojarasca de premonición,  
se derrama tu jardín hacia las polvorientas colinas  
en el desmesurado afán de un revivir iluso.

Obstáculo implacable entre tú y el sol,  
la memoria de las cosas invade la llanura.

En la lejanía doblan por ti  
las campanas de tus dos ermitas infantiles:  
y en su tañido hay una tierna pena  
y en su tañido hay un alborozo perturbador.  
Por ti, en el desvanecido horizonte,  
los marineros relatan sus historias;  
y de nuevo aspiras el humo de sus pipas  
y de nuevo te asfixias en lo desconocido de sus bellezas.

La perdida imagen por ti  
se atribuye el retomo a la carne:  
y te permite el beso de aquellos viejos labios  
y te permite la caricia de aquellos dedos tan queridos.

Mas, impaciente, el mito viene a socorrerte.

Donde asomaba el puro iris de la nostalgia  
oyes ahora la carcajada de un juego eterno,  
donde la duda te ofrecía su desdichado manto  
sientes el desnudo vigor de la fuerza más antigua.  
Tu respiración toma aliento  
en el respirar de un joven dios: duendes felices,  
guerras vencidas, fértiles devastaciones  
de una existencia forjada por el calor de un fuego irreal  
y bañada en la plenitud de una alegría sangrienta.

Travieso, Apolo te muestra el don de la inmortalidad.

Pero cuando la tentación más suave  
se mece en el propicio seno de tu corazón,  
una luz oscura, un rayo de hielo, un viento de sal  
vienen a nublar tu mirada.

Lacerados por una desazón repentina  
tus ojos yerran por el oro del amanecer.  
Entonces, a lo lejos, envuelto en una bruma de angustia,  
un jinete espolea su veloz caballo.  
Un tenue horror te golpea: más que una silueta  
parece un aura complacida en dañar la pupila;  
más que un hombre es la encarnación del herir.  
Erguido sobre su cabalgadura, arrogante,  
no es la suya una carrera incontrolada, sino un torbellino  
que elegantemente se desliza en el fulgor de la nada.

Vacilas: como animales brutales  
volcados, inmisericordes, a la total exterminación  
las horas desoladas de la vida buscan corroer tu identidad.

Tus arterias se detienen, tus músculos pierden su tersura,  
tus miembros ceden al indigno peso de la fatiga.  
Entre la neblina, el ejército de los cobardes  
tiende hacia ti su bosque de brazos. Manos de la debilidad,  
dedos de la renuncia, uñas de la traición  
palpan obscenamente tu casi derrotada carne.  
Derribado caes sobre la tierra ocre y sedienta.  
Y es entonces, cuando se abren bajo tus pies



las mandíbulas de la definitiva sima,  
es entonces cuando el perpetuo enigma del hombre  
toma posesión de ti. Un palpitar  
que se halla más allá de las generaciones  
acude a levantar tu puño contra la tiniebla  
y en el árido suelo sorbes el agua renacida  
que el sudor de los héroes depositó en los siglos.

Con gozo enajenado el grito llena tu boca.

Un furor divino, una ira hambrienta  
te impulsan a perseguir al turbio espectro.  
Ríes, lloras, cantas, corres.  
Roto el sortilegio, rasgada la fatal carátula  
que envilece y burla,  
el juego de la lucha bajo el sol resplandeciente  
es el del niño que en el sueño  
logra domar a la quimera.